

Durante años me ha fascinado la primera lectura de hoy. El Señor le dijo a Elías: "Sal de la cueva y quédate en el monte para ver al Señor, porque el Señor va a pasar". Luego vino un viento huracanado, que partía las montañas y resquebrajaba las rocas; pero el Señor no estaba en el viento. Se produjo después un terremoto; pero el Señor no estaba en el terremoto. Luego vino un fuego; pero el Señor no estaba en el fuego. Después del fuego se escuchó el murmullo de una brisa suave. Ahí estaba el Señor, en ese murmullo suave.

Luego está Pedro caminando sobre el agua. Sentía lo fuerte que era el viento. Se asustó y comenzó a hundirse. El miedo le robó su fe.

En su libro "El Sabor del Vino Nuevo" de Keith Miller describe un evento que cambió su vida. Una noche resultó gravemente herido en un accidente automovilístico. Se acostó a un lado de la carretera una hora y media esperando una ambulancia. Totalmente consciente comenzó a orar. Al orar allí en la oscuridad, lo abrumó un profundo sentimiento de paz .

Creo que todos buscamos este sentimiento de paz, el pequeño sonido susurrante. Pero, por supuesto, hay obstáculos. Existe el miedo, como el miedo que san Pedro experimentó.

¿Has notado lo poco frecuente que experimentamos una sensación de paz interior? Nuestras mentes están plagadas de ira, heridas y resentimientos, incluso de recuerdos perturbadores de la infancia, vergüenza, duda y preocupaciones. Nuestras mentes nunca se detienen. Hay tantas cosas negativas. Incluso por la noche nuestras mentes están ocupadas. Los budistas llaman a esto la mente de mono. En AA lo llaman "pensamientoapestoso". Jesús nos está diciendo por qué tienes miedo.

Pero es posible entrar en esta paz en nuestras propias vidas, para escuchar el suave murmullo. Pero se necesita trabajo. Hablo de la contemplación. Hablo de la oración. No es el tipo de oración donde hablamos. La Escritura dice: 'Aquietense, callense y sepan que yo soy Dios'.

Este tipo de oración lleva tiempo. Se necesita trabajo. El trabajo de calmar y escuchar el silencio. Si puedes abrir el agua, puedes hacerlo. Si puedes respirar, puedes hacerlo.

Siéntate en silencio, escucha el silencio. Deja que tu mente te atormente y luego deja que se desvanezca. Llama a Dios. Escucha tu respiración. Utiliza una palabra de oración sencilla. Haz un retiro. Encuentra a alguien que pueda apoyarte.

Hablale directamente a Jesús mientras lo recibes en tu cuerpo en la Eucaristía. Jesús está allí en el suave murmullo.